

Memoria histórica y olvido: ¿Por qué en la política mexicana no se aprende del pasado?

Helena Varela
Seminario México

EL PASADO 27 DE ENERO se celebró el Día de la Memoria del Holocausto; desde el 2005, la ONU decidió simbolizar en esta fecha (aniversario de la liberación del campo de concentración de Auschwitz) el recuerdo de un pasado doloroso, marcado por el genocidio y la barbarie, cuya presencia en nuestra memoria debe servir para evitar repetir la historia. No es un ejercicio fácil, pero sí ineludible, como único modo de enfrentar el futuro de una nación sin dejar cuentas pendientes con el pasado. Ese es el papel que juega la memoria colectiva en los procesos de cambio político.

Son numerosas las investigaciones que se han enfocado en uno de los aspectos más complejos de las transiciones a la democracia, aquel que tiene que ver con la capacidad de una sociedad de lidiar con su propio pasado, especialmente cuando éste está cargado de violencia y represión. Alguno de estos estudios se han centrado precisamente en la complejidad que implica una decisión que puede tener efectos ambivalentes: ¿se debe abrir un proceso de revisión exhaustiva y castigar a los culpables de los actos de represión? ¿O, por el contrario, es mejor obviar la confrontación directa y evitar las represalias, buscando la conciliación a partir del perdón y el olvido? Estas preguntas encierran uno de los grandes dilemas que enfrentan las sociedades en procesos de cambio, y no existe una respuesta única para todas ellas. El problema es que en dicha respuesta se involucran cuestiones morales, éticas, políticas, culturales y sociales; de la capacidad que tenga cada colectividad para abordarlas, dependerán las posibilidades de generar un clima de convivencia pacífica, clave para lograr la estabilidad del régimen político.

En ese sentido, la memoria colectiva se convierte en una pieza esencial para lograr dicha estabilidad: permite lidiar con el pasado, asumirlo e incorporarlo a la propia historia

que define a una sociedad; pero sobre todo, y esa es la cuestión que me gustaría abordar aquí, la memoria colectiva, permite el *aprendizaje*. Estudios como los de Nancy Bermeo, Robert Jervis o Peter Hall señalan la importancia que tiene la historia, al ofrecer las lecciones que permiten a los políticos ir tomando decisiones, que abarcan desde los diseños institucionales en las democratizaciones, a la elección de las políticas públicas, pasando por las propias decisiones en política internacional. El pasado y la memoria que se tenga de ese pasado inciden en la forma en que se va a gobernar en el futuro y en la propia legitimidad del régimen político.

Es el aprendizaje el que da valor y redimensiona ese pasado. Por este motivo es tan importante que una sociedad no reniegue de su propia historia, porque ello le privaría de la posibilidad de aprender de ella. Es cierto que en ocasiones, lo acaecido es tan doloroso que se vuelve imposible de asimilar, por lo que la sociedad opta por olvidarlo, evitando abrir heridas cuyos efectos pueden ser más perjudiciales. El caso de España es quizá uno de los más emblemáticos. En aras de lograr una transición pacífica y no generar un conflicto como el de la guerra civil del 36, se acordó tácita o abiertamente que lo mejor era dar la espalda al pasado, no removerlo, no buscar responsables ni culpables. Sin embargo, aun cuando hoy en día España es un modelo de democratización pacífica, también es cierto que ahora, cuando se han derribado las últimas estatuas de Franco, y se ha comenzado a desenterrar a los muertos, víctimas de la represión franquista, la supuesta reconciliación de la sociedad española está resultando más ficticia que real; por el contrario, son muchas las heridas que todavía están abiertas y las fracturas latentes en la sociedad española, poniendo en riesgo la convivencia pacífica.

La memoria colectiva adquiere entonces un sentido nuevo, al permitir explicar las condiciones de gobernabilidad de un determinado país. Desde esa perspectiva, vale la pena reflexionar sobre la forma en que en México hemos tratado nuestra historia y nuestro pasado, y así tener nuevos elementos para comprender muchos de los problemas que enfrentamos hoy en día.

Más allá de los hechos heroicos que con fausto celebramos cada aniversario, en realidad México se caracteriza por padecer de una profunda amnesia colectiva; lo poco que miramos al pasado, lo hacemos sin ningún sentido crítico; y en la mayoría de los casos, ni siquiera vemos hacia atrás. Los libros de historia de las escuelas constituyen el mejor ejemplo de este fenómeno: son una compilación de nombres y fechas que nos dejan muy pocas lecciones que aprender. Ello ha provocado que nuestra memoria sea tergiversada y pobre. Lo que es peor, cuanto más reciente es el pasado, más amnesia padecemos los mexicanos.

Cuando otros países en América Latina lidiaban (con más o menos éxito) con el dilema de qué hacer con las víctimas de las represiones de los regímenes autoritarios, aquí evadimos dicha discusión; de alguna manera, nos escudamos en el hecho de que la represión no había sido *tan* brutal (!) como en Argentina o Chile, y que por tanto, no era *tan* urgente tener que buscar a los responsables o culpables. Aun cuando sí hubo grupos en la sociedad que demandaron (y siguen haciéndolo hoy en día) que se esclarecieran todos los casos de represión, desapariciones y asesinatos cometidos por el Estado, en general, parece haber primado una tendencia al olvido, bajo el argumento de que es mejor no abrir lo que pudiera ser la “caja de Pandora”.

El único intento de aproximarse a ese pasado fue frustrado y fallido, cuando, durante el gobierno de Fox, se pretendió hacer frente al pasado por la vía judicial, en lugar de comenzar por lo más obvio y necesario: conocer la verdad. En el momento en que las instancias judiciales desecharon el caso e impidieron continuar por ese camino, de alguna manera se nos privó al pueblo mexicano de conocer la verdad sobre un pasado incómodo, pero que no por ello deja de ser nuestro, y por tanto, tendría que dejarnos lecciones para el presente y el futuro.

Ahora bien, más allá de los aspectos más dramáticos de nuestra historia reciente, lo cierto es que tampoco hemos sido capaces de aprender otras lecciones de lo ya vivido y que debiera ser más fácil de digerir. En ese sentido es en el que sostengo que, en realidad, no tenemos memoria, o nuestra memoria responde a las fechas de caducidad impuestas por

los medios de comunicación. Nos acordamos de las cosas en la medida en que los medios las reflejan en sus primeras planas; después, todo es olvido.

Y lo que es peor, no hay aprendizaje alguno. Porque si no, costaría creer cómo el “*gober precioso*” logró que, después del escándalo de la famosa llamada telefónica, su partido arrasara en las siguientes elecciones locales; no faltará el politólogo que pueda dar una explicación de la victoria del PRI en Puebla a partir de fenómenos como el clientelismo o la estructura territorial del partido. Pero tendremos que seguir preguntándonos entonces por qué no nos dejó ninguna lección el escuchar la famosa grabación: y no lo digo nada más (como si eso fuera poco) por la misoginia o la posible vinculación con redes de pederastia, sino además por lo que supone una posible implicación en un delito de cohecho (reflejado en un supuesto arreglo entre el poder judicial y el político). Visto desde la perspectiva de la calidad de nuestra democracia el suceso fue más que funesto; sin embargo, a la luz de los siguientes procesos electorales y políticos, parece no haber dejado huella alguna.

No es éste el único caso: cuánta desmemoria no estamos sufriendo con los maletines y las ligas, las mansiones en Europa o Estados Unidos, las *hummer* envueltas para regalo o listas para la rifa, las riquezas difícilmente explicables, los hijos, hermanos y cuñados incómodos, las muertas de Juárez (y las del resto de la república), los abusos de Atenco o la matanza de Aguas Blancas. La lista podría ser interminable: son los sucesos de nuestro pasado inmediato que no hemos digerido y que, por lo tanto, no han dejado ninguna lección. Parece que hubiéramos adoptado el pensamiento de Nietzsche, en el sentido de que la felicidad consiste en poder olvidar. Pero quizá por eso también, nuestra historia política reciente está plagada de errores que se repiten una y otra vez, dejando la sensación de no avanzar en el proceso de cambio y estar siempre lidiando con los mismos obstáculos (corrupción, fraude o impunidad) que dificultan la instauración de una democracia plena.

El primer problema es que se nos ha negado, como sociedad, lo más sencillo, aunque pueda ser lo más doloroso: conocer la verdad. Sin esa verdad, difícilmente podremos aprender de nuestra historia, sin esa verdad difícilmente podremos exigir cuentas a nuestros mandatarios (sean del signo político que sean), los cuales ya han aprendido a aguantar el temporal mediático provocado por un escándalo, con un cierto cinismo, sabiendo que antes o después llegará nuevamente la calma. Mientras en Estados Unidos, con la conformación del nuevo gobierno de Obama, ya van (al

momento de escribir estas líneas) cuatro políticos que no pueden acceder a una secretaría de estado por tener problemas con el fisco, en México la vida política sigue salpicada de personalidades que debieron haber sido alejadas hace tiempo de la vida pública, por la forma en que amenazan a las instituciones democráticas.

Esos son los riesgos de caer en el olvido y negar el pasado. Llegadas las elecciones, todos los partidos políticos nos piden un “borrón y cuenta nueva”: ahora sí van a hacer bien las cosas. La sociedad mexicana, en lugar de reclamar y exigir, se resigna y olvida. Al igual que la ONU tuvo que

instaurar el Día de la Memoria del Holocausto, en México tendríamos que instaurar un Día Nacional de la Memoria, para que ese día hiciéramos el ejercicio de recordar nuestro pasado, aprender de él, y evitar caer nuevamente en los mismos errores de siempre, como único mecanismo para forzar una verdadera rendición de cuentas y avanzar en el proceso de democratización. •

Helena Varela es Coordinadora del Departamento de Ciencias Sociales y Políticas en la Universidad Iberoamericana. Correo electrónico: helena.varela@uia.mx

COMENTARIOS

GUSTAVO LÓPEZ MONTIEL

Tecnológico de Monterrey-CCM

Normalmente se asume la falta de memoria de los mexicanos con respecto a acontecimientos que han sido dolorosos e indignos, como un mal que debemos erradicar. Recordar y juzgar para cerrar heridas parece ser el camino más recomendado hasta ahora por los autores de la consolidación democrática, sin embargo, ¿qué pasa cuando eso no es posible en una sociedad? En México, como en el resto de las sociedades, la historia se ha construido de manera selectiva y se recrea de esa misma forma también. En realidad, la desmemoria es una estrategia de sobrevivencia de los mexicanos, frente a la esperanza que el futuro promete, y los políticos también. En el contexto de un sistema que alienta la impunidad y el olvido como una variante de ella ¿qué caso tiene recordar? Si recordamos es para abrir paso a la sanción como producto de la rendición de cuentas, posiblemente tardía, pero necesaria en la democracia.

EMILIO RABASA

Tecnológico de Monterrey-CCM

La interesante ponencia de Helena Varela destaca dos formas de entender la desmemoria política sobretodo en México. Recordando a Octavio Paz, podríamos decir que una es de largo alcance y la otra es el olvido cercano. La primera corresponde más bien al campo de la Historia ya que consiste en sucesos acaecidos largo tiempo atrás que cada generación reinterpreta a modo, imprimiéndole sus propias tonalidades y coloraciones. Para una buena parte de nuestra historiografía la Revolución Mexicana es un hecho innegable que acontece a partir de 1910 y cuyo centenario celebraremos el año entrante, para algunos textos recientes (p.ej., Macario Schettino: *«Cien años de Confusión»*, Edit. Taurus), la Revolución no existió. La historia difícilmente la olvidamos porque la vivimos con “*La Presencia del Pasado*” (Enrique Krauze, FCE), si bien en forma más bien dogmática que crítica. En cambio pronto olvidamos los antecedentes políticos de actores que debieran dejar de figurar en el elenco político, si tan solo recordásemos su pasado reciente. Este es el olvido cercano tan propio de una cultura política que no exige la rendición de cuentas como boleto de entrada al círculo del poder.

VÍCTOR ALARCÓN OLGUÍN

UAM-Iztapalapa

El texto de Helena Varela permite debatir respecto a cómo se percibe y se (re)vive la historia, en tanto un discurso colectivo que pretende tener una lógica coherente en la perspectiva de cada uno de nosotros. Es indudable que para generaciones nacidas antes de 1968 o de 1982, la forma de construcción de los valores, imaginarios y héroes denota todavía el amplio éxito del llamado “nacionalismo de bronce” en donde privó el mito unificador del país mestizo, aunque ciertamente autoritario, tal y como lo ha recuperado José Antonio Crespo en *Contra la Historia Oficial* (Edit. Debate, 2009). En cambio, la historia inmediata en medio de la crisis y la democratización a las generaciones actuales no les ofrece el sosiego ni la prudencia que un juicio objetivo pudiera dar, lo cual nos hace conscientes del esfuerzo analítico y autocrítico que debería prevalecer para crear un país sostenido en la conciliación y los consensos de una “historia social”, como lo requiere el mosaico multicultural que comienza a darse en el presente siglo, más allá de la solemnidad de los festejos centenarios que están a la vuelta de la esquina.



Técnica mixta / papel de algodón, 130 x 98 cm

Patricia Sloane, 2007